

DON GREGORIO MATALLANA HA MUERTO

Sobre la soledad inmensa de la paramera, sobre la senara reseca por un sol abrasador, sobre el mar de espigas doradas que sombrean aún los terrones calcinados por el fuego del verano, ruedan, tristes, los ecos de un toque mortuorio. Ha muerto un gran amigo del campo, un hermano mayor del labriego, y una ola de dolor se extiende mansa y silenciosa por la llanura, por valles y altozanos, y es más triste el firmamento, y la campiña solitaria, sin ruidos, parece rendir un homenaje de apenado mutismo a quien fertilizó sus senos con la luminosidad de su inteligencia, con la pujanza viril de una voluntad férreamente masculina.

Ha muerto D. Gregorio Matallana. Venimos de dar tierra a su cadáver. Bajo los fulgores de un radiante sol estival, y en el ambiente tibio y amable de una mañana que invita a vivir, el dolor profundo que la muerte de este hombre incomparable grabó a buril en nuestro corazón, nos produce un daño espiritual y físico; porque no sólo la pena nos aflige el alma, sino que sentimos malestar y desazón atormentadora en nuestro cuerpo.

Es que se ha ido uno de nosotros; es que se ha ido el mejor de nosotros, para no volver. Dura tarea, ingrato oficio este del periodismo; tenemos los ojos llenos de lágrimas y el corazón de congojas, y hemos de sobreponernos a la emoción y, con el alma destrozada, relatar a nuestros lectores, a nuestros amigos, la enorme desgracia... No se derrama el cariño y la amistad por doquier, sin tasa ni medida; cuando los años han pasado sobre el hombre, enseñándole los valores humanos, adiestrándole dolorosamente en el aquilatamiento del oro de ley, cada individuo ha circunscrito el tesoro de su amistad a un núcleo reducidísimo de semejantes. Por eso, cuando uno de éstos desaparece se pierde algo muy hondo, muy enraizado en uno mismo, y se pierde ya sin posibilidad de substitución. Para nosotros, la pérdida de este amigo queridísimo, de este compañero de toda la vida, es irremplazable en el alma.

Pero digamos cómo ocurrió la desgracia. Don Gregorio Matallana había nacido y se había criado en pleno campo; su trasplante a la ciudad no se realizó sin que su salud protestara, y se hiciera en él crónica una enfermedad, que quizás no se hubiera manifestado a

no haber salido él de su querida Tierra de Campos, a donde alguna vez volvió en busca de la salud perdida. Pero nada hacía sospechar que la enfermedad tuviera un desenlace tan rápido, y todos creíamos que si se lograba arrancar del trabajo, durante una temporada, a nuestro director, y volverle al campo de sus amores, el milagro que otras veces se verificó, se repetiría. Pero el mal no dió tiempo, y D. Gregorio Matallana ha muerto víctima de su gran pasión: el trabajo.

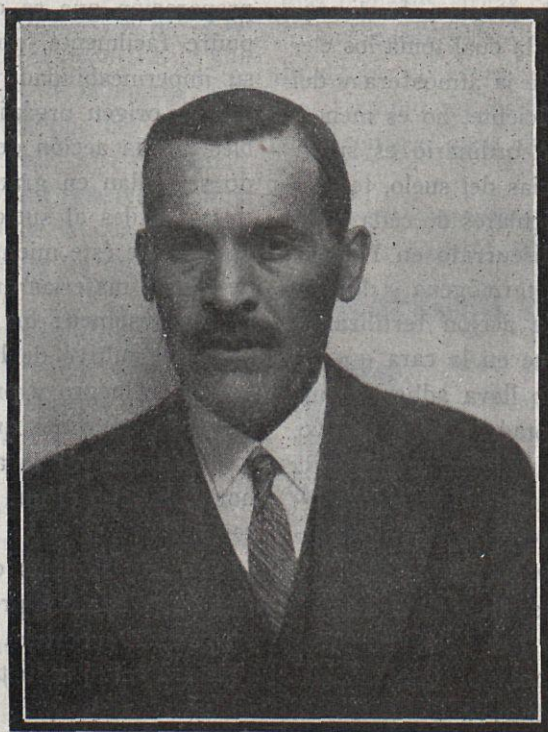
Porque eso era fundamentalmente el Sr. Matallana: un formidable trabajador. Eso y un hombre absolutamente bueno. Era la bondad llevada a todos los terrenos, que toma distintos nombres según donde actúa; y así es: honradez en los negocios, y probidad en el ejercicio de una profesión, y afectuosidad en el trato íntimo, y nobleza en el campo social.

Nacido en Berrueces de Campos, un pueblecito de la provincia de Valladolid, criado entre labradores, tenía la agricultura metida en los tuétanos; sentía el campo antes con el corazón que con el cerebro, que es, como hay que sentirla.

Venciendo no pequeñas dificultades, el muchachito de Tierra de Campos hizo en la Moncloa su carrera de Pe-

rito agrícola y luego sus oposiciones a ingreso en el Servicio Agronómico. Y en seguida, en cuanto pudo, al terruño volvió, armado con su cultura y con su enorme voluntad, a luchar con la naturaleza en la agria paramera. Logró entrar en la Granja Agrícola de Palencia, que dirigía a la sazón un agrónomo ilustre entre los ilustres, el inolvidable D. José Gascón. Para Matallana entrar en la Granja de Palencia, hacerse al lado de Gascón, debió ser como para el varón justo entrar en la gloria.

En la Granja de Palencia nació en aquel momento —allá por el año 1905— el estudio del secano español; se iniciaba la lucha victoriosa contra la sequía. Don José Gascón, agrónomo de cuerpo entero, carácter de una pieza y energía poderosa, buscaba ahincadamente la solución del formidable problema. Estableció un observatorio meteorológico para conocer las posibilidades del clima castellano; sistematizó las determinaciones de humedad en el suelo y subsuelo todos los meses y en todas las parcelas de la Granja; hizo el



Don Gregorio Matallana, Director de EL PROGRESO, AGRÍCOLA Y PECUARIO, † en Madrid el día 16 de julio.